

# Memoria Tardía de un Gran

QUE la muerte de José Vasconcelos, ocurrida en México el 1º de julio último, haya pasado casi desapercibida en el país, puede valer por una moraleja de su vida. Puede valer también y por que nó? por otra, de la nuestra.

Que el Uruguay viva al margen de la peripecia común de los países del continente es un hecho. Un hecho que, felizmente, tiene que ver (cada día más) con nuestras meras ideas, nuestras meras vigencias y, cada día menos, con las inflexiones objetivas de un destino que nos enrolla, pese a que intentemos, deseperadamente, darle la espalda. Un gesto hecho como si supiésemos que ese destino será más áspero, más duro, más riesgoso que el que nos fijaban todas las azucaradas versiones de la "Atenas del Plata", o "de América", o del "Paraíso de la democracia"... o "del turismo", o del "laboratorio del mundo" en que creyeron y hasta soñaron los tontos de las generaciones que nos precedieron.

Esta postura nacional se expresa de muchas maneras que no voy a recapitular. Una de ellas, sin embargo, es la de hacer como si los grandes nombres y las ideas fundamentales con que este destino americano se expide fuera menos ameno, menos decorativo, menos sentador, que saberse al dedillo cien "filmografías", cien "discografías" de los cosmopolitas publicitados.

DE cualquier manera, alguien advirtió aquí la muerte de un Sanín Cano, de un García Calderón y de un García Monje; de cualquier manera, también, cuando Alfredo Palacios se vaya de este mundo, nuestra prensa y nuestros necrólogos exhumaran sus mejores retóricas para celebrar al que hace tres o cuatro décadas fuera "Maestro de la Juventud de América".

La alusión a Palacios no tiene por fin iniciar un paralelo que, en algunos extremos podría ser cruel para él. Pero el caso es que José Vasconcelos fue declarado también por aquellos tiempos (1920-1925), "Maestro". También él recibió la unción que dispensaban las juventudes estudiantiles de aquella postguerra, acometidas de un verdadero furor por erigir ejemplaridades en el desamparo del continente, por sentirse guiados en la torva cerrazón ilustrada que los envolvía.

Ya hace unos años, en su errático y mal informado "Índice" de la "Ensayística Hispanoamericana" nuestro crítico mayor, Alberto Zum Felde junto a un juicio general de la obra de Vasconcelos no ciertamente simpatizante, pero no injusto, pormenorizó el examen sobre un artículo: "Filosofía de la coordinación", publicado en una revista del continente. Aún aceptando que el texto es confuso y que arrastra la desmesurada ambición que fue el peor torcedor del mejicano, no parece un empleo legítimo de "crítica de las muestras" estudiar a través de un nebuloso periplo a quien fue autor de dos docenas de volúmenes y más si esa doble docena está escrita, comunmente, en un claro, en un comunicativo, en un vigoroso estilo.

Pero la misma atención de Zum Felde, inevitable en un libro de su plan, fue excepcional. La realidad es que, treinta años después de "aquel" Vasconcelos, nadie ha recordado por aquí la muerte de uno de los hispanoamericanos más intensos, dramáticos y fecundos; que hayan vivido en este siglo. ¿Qué ha sucedido en el interín?

## ● Ulises Criollo

EN 1910, año inicial de la Revolución que aventó el México porfirista, Vasconcelos, que arañaba apenas la treintena, era un licenciado de pequeña clase media que actuaba en el grupo que se congregó en torno al "Ateneo de la Juventud" y que integraban con él, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña (en una escala de su vida continental) y otros menos notorios. Era una generación inquieta, educada en el positivismo rígido de Gabino Barreda y Porfirio Parra pero que ya, por cuenta propia, se había dado a respirar con anhelo los aires del simbolismo, de la nueva filosofía, del "art nouveau", y la nueva ciencia que de Europa llegaban. Importaban una ruptura; eran los expelidos de un compuesto nacional, estable por un tercio de siglo y que había tenido su expresión más alta y limpia en la figura de Don Justo Sierra. Al expelerlos, al ser incapaz de asimilarlos, el porfirismo positivista daba en lo cultural la primera prueba resonante de una esclerosis, el testimonio de su inviabilidad futura. En aquel decisivo 1910 aquellos jóvenes organizaron un ciclo de conferencias en que hablaron Reyes, Henríquez Ureña (que disertó sobre "Motivos de Protos") y José Vasconcelos que lo hizo sobre Gabino Barreda, el padre espiritual del positivismo mexicano. Muchos, entre yes en su "Pasado Inmediato", Henríquez Ureña, Zea, Idarte, han recordado estos hechos, a los que la cerca, entre otros el mismo Vasconcelos, Reina de la revolución maderista les prescibe "a posteriori" una gravidez de significado que, posiblemente, en el mis-

mos no conllevaban. La Historia es una musa ávida de estas correlaciones y es innegable, por lo menos, que tanta agitación era un síntoma.

Con la caída de Díaz, Reyes y Vasconcelos iniciaron así su actuación pública, tan diversa como su estilo personal y el genio que preside sus vidas. Sonriente, maduro, epicúreo, seguro de sí mismo fue el autor de "Visión de Anahuac", que hurtó desde el principio su destino al cataclismo social de su pueblo y sirvió en puestos diplomáticos, con eficiencia y sin duda con dignidad, los mejores y los peores gobiernos que México tuvo y remata su existencia en una vejez casi goethiana, festajada y triunfal. Beligerante, agónico, desigual, siempre contradictorio, lleno de aristas, desdenes y pasiones, Vasconcelos se hundió, por el contrario, en aquel "barro de América" y vivió las alternativas de triunfos y derrotas, de cargos y exilios.

Su tetralogía autobiográfica: "Ulises Criollo" (1936), "La Tormenta" (1936), "El Desastre" (1938) y "El Proconsulado" (1939) le muestra desde dentro, (como pocos americanos se han mostrado) en sus horas más negras y en esas, no pocas, cenitales de su vida en que se sorprende (hasta con cierta envidia) al del destino puede brindarle a un hombre, de junto, las experiencias más fértiles del poder, las de la inteligencia contemplativa y las del retribuido apetito vital. Aparece allí, y esto sin exageración, como un maravilloso animal humano. Lleva, como un parentesco, la marca del hombre tolstoiiano, a la vez hambriento de Absoluto; ser de carne y hueso, ardiente y predatorio.

Hay algunos párrafos de Vasconcelos (y que Antonio Castro Leal ha antologizado) que pueden dar, aunque precariamente el contorno, sino la interioridad, de su persona. Una: El tiempo es una mancha; una mancha sobre lo que perdura. Otra: El pájaro interior, el alma volandera que nunca se satisface y burje los panoramas por ver si descubre la abertura celeste, el vano celeste por donde ha de escapar. Otra: En general mi naturaleza se acomoda al himno y a la alabanza más bien que a la reflexión. Y esta última, tan reveladora: Detesto a Bernard Shaw y a su palabrería de jugar; a France con su gracia afeminada y trivial; al dulce y conformista Barris de las ternuras pequeñas. El "humour" a la inglesa rebaja los ideales al alcance de los bufones; parece el desahogo vulgar de la incompreensión. Mi raza —que es grave, profunda y se estremece hasta las lágrimas de la intensa dulzura de la

oración— también ha sabido reír, pero con la risa cervantesca que fustiga la ejecución inadecuada de los altos propósitos, la ineptitud de la realidad para acomodarse al ensueño.

Todo lo que pudiera existir en Vasconcelos del tipo humano que el Modernismo produjo: egolatra, agresivo, exhibicionista, irremediadamente protagónico; el tipo que vierten Blanco Fombona, o Chocano, o Gómez Carrillo, o Vargas Vita, se redimió en él por un proceso de adensamiento interior y religiosa humildad que, si no fue siempre capaz de matar al "hombre viejo", hace que la evidente dualidad que Luis Alberto Sánchez maneja para clasificar los hombres de sus promociones: "los estéticos" y "los éticos", no tenga con él, si es que tienen también en cuenta sus ideas, el menor sentido.

## ● Al Norte del Rio Grande

HABIA nacido en Oaxaca, en 1881, pero su adolescencia, según la relato "Ulises Criollo", transcurrió en la frontera de Rio Grande, en la puntual línea de choque de dos civilizaciones. Allí, en bravia libertad, varios años en las escuelas norteamericanas de la zona le modelaron en el diario contacto, contraste y examen de un México raído y de la pujante sociedad anglosajona. Allí se profundizó en él una obsesiva percepción (nunca en verdad cerrada, siempre revisable) de ventajas, orgullos, inferioridades, culpas y méritos.

Como el tema de los Estados Unidos es en Vasconcelos tan importante como en Sarmiento o en Martí, vale la pena entonces observar que el partió de una experiencia enteriza y no como en Rodó de una síntesis libresca de algunos autores europeos (unos geniales como Tocqueville y otros aristocratizantes y "refinados" a lo Bourget y Groussac, profundamente antidemocráticos en el peor sentido, social y vital, de la palabra).

Los viajes y los destierros acendrarán en Vasconcelos ese conocimiento tan apasionado como desvelado por la voluntad de justicia. En este punto su originalidad se marca, en que para él, los Estados Unidos no son un repertorio de virtudes y defectos, como lo fueron para casi todos los otros pensadores de su cultura, una operación arbitral a realizar y con la que proponer al epílogo, a la sociedad hispanoamericana, una sentencia formal de adhesión o de repudio. La visión de los Estados Unidos (y no sólo aquella que aparece extremadamente edulcorada en los planteos conservadores

de su libro "Temas contemporáneos", de 1955) no es en puridad pieza capital del antimperialismo e iberoamericanismo de sus años más intensos, de su dilemático "Bolivarismo y Monroísmo", de 1934. Y si decimos que no es pieza capital, es porque Estados Unidos y su voluntad de expansión (que él justifica en su vitalismo histórico como sana e inevitable) es simplemente el obstáculo, la contundente voluntad ajena que se cruza en el programa que propone a otros pueblos, el interés incasable con otros intereses, la cultura irreducible a otra cultura. Lo que puede ser llamado su postura antiestadounidense es un "anti" (lo que no es común) que nace dialécticamente de un "pro". Dialécticamente, sin odio y hasta con simpatía.

Sin practicar como decía, "balances", Vasconcelos se ha complacido siempre en destacar ciertos rasgos que pertenecen a la probable configuración psicológica de una "media" del pueblo norteamericano; esa "media" que podrá constituir esa discutida entidad de un "carácter nacional". Son, en general, virtudes enfeudables a las esferas de lo dinámico y lo vital, aunque su impronta, su relevancia ética, sea indiscutible. La benevolencia, la generosidad, la bondad de la masa humana vecina fueron reconocidas por él en términos similares a los de un famoso juicio de Jorge Santayana en "Character and opinion in the United States". También, en línea similar a la que Rodó había recogido, las más resabidas capacidad para el trabajo, el optimismo, la sed de saber y de una existencia en libertad y limpieza. Con acento mucho más personal aceptó la capacidad política y la visión de un gran destino. Si estos juicios se los dictaba su voluntad de justicia, tampoco dejó de advertir en la vida estadounidense, en este pueblo al que en un momento más apasionado llamó sin aspirar, sin alisar, sin estilo, ciertos males profundos que detonaban demasiado estridentemente con su personalidad indo-hispana, unamuniana, metafísica. Ciertos contrastes entre su apetito de personalidad, calidad y permanencia y una civilización (superlativo de "lo moderno" y no en puridad much más) marcada por lo uniforme y lo efímero, una cultura del tamaño, cuantitativa, e irredimible sin radicales purificaciones.

## ● Su hora más clara

SECRETARIO de Educación Pública durante el gobierno de Alvaro Obregón (1920-1924), Vasconcelos hizo de México algo semejante a lo que es hoy Cuba para vastos sectores de estudiantes e "intelligensia" hispanoamericana: un centro de la esperanza común, un crisol, rico y revuelto, desde el que parecía dibujarse un nuevo estilo de vida.

Invita a las grandes figuras americanas: allá irán por ejemplo Gabriela Mistral a trabajar; allá irá Berta Singerman a cumplir temibles recitales ante enormes multitudes. (Importa, de cualquier manera, menos el material que el impulso). Exalta los clásicos para llevarlos a manso de todos: Platón y Plotino llegan hasta los ejidos. Llena los estadios para representaciones de la tragedia griega. Práctica, para decirlo con palabras de Emilio Oribe aplicadas a Rodó: una paideia de estirpe gaudia, en el medio de una sociedad incipiente, convulsiona e indecisa a través de mil aventuras políticas y sociales.

En este periodo solar de su vida, Vasconcelos recorrió América del Sur como vocero de una Revolución Mexicana idealizada y trascendental, que poco tenía que ver con la orgía de latrocinio, intolerancia y sangre que su país vivía por aquellos tiempos. Estuvo en el Uruguay y en 1923 y nada diremos de su testimonio (dado desde la perspectiva inusual —entre los muchísimos sajones y europeos— de un hispanoamericano entrañable) porque Alberto Methol (al contrastarlo con el de Torres García) acaba de analizarlo con su peculiar agudeza, en el último número de "Artes" dedicado al plató. A título de pura curiosidad cabe sólo recordar que ha sido expurgado de la reciente edición de "La Raza-Cósmica", en que estaba inserto, publicada en la colección "Austral".

En esas giras, Vasconcelos, carácter nada fácil, sin duda, por arribado, radical e immodesto, fue levantando adhesiones estudiantiles y resistencias gubernativas a su antimperialismo radical, a su antimilitarismo obsesivo, a su misticismo religioso y rural ya perillado, a su liberalismo, de entonces,

## LOS TRABAJOS Y LOS DIAS

★ La Antología crítica de la literatura uruguaya de Nicolás Fusco Sansone, que fuera editada en Montevideo en 1942, será objeto de una reedición por parte de la casa argentina Kapeluz, especializada en libros de texto. Esta segunda edición estará ampliada con nuevas aportaciones de críticos uruguayos sobre nuestro pasado literario.

★ El crítico venezolano Pedro Grossi, secretario de la Comisión Editora de obras de Andrés Bello, ha encargado a nuestro compañero, el crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal, —que cumple su segundo año de estudios en Londres— la preparación de un libro sobre la obra y las actividades intelectuales de los escritores hispanoamericanos y españoles

exilados en Londres en la primera mitad del siglo XIX. Sobre este tema ya Emir Rodríguez Monegal había adelantado algunos ensayos, en especial referentes al propio Bello y a Blanco White.

★ La nómina de concursos dados al olvido por los organismos respectivos, siguen aumentando. En el Ministerio de Instrucción Pública nada se ha sabido del Concurso de poemas para himnos departamentales que debió fallarse en el mes de febrero pasado, y en la Comisión Municipal de Teatros nada se ha dicho del Concurso sobre Ubicación de la dramaturgia de Florencia Sánchez cuya resolución, según las bases, debía hacerse pública en diciembre de 1968.

# Americano: Vasconcelos

asi anarquizante. No sería desafortunado, en embargo, calificarlo en aquella etapa de "arielista" (alguna vez lo hemos hecho), uno de los últimos "arielistas", en un tiempo en que el mensaje de Rodó ya empezaría a recibir sustanciales modificaciones, irreconocibles inflexiones.

De su estada en la Secretaría de Educación recordaría en "El Desastre": Ningún otro funcionario había hecho hasta entonces nada semejante en favor de la solidaridad espiritual del continente. Ni Rodó, ni Manuel Ugarte tuvieron la ocasión de poner en obra lo que tan generosamente predicaban, y a mí me había cabido la fortuna de poder cumplir algo de lo que tantos han soñado.

El recuerdo de los dos americanistas no deja de tener valor de filiación. En verdad, y considerado como un todo, Vasconcelos era un ser demasiado terrigeno, sanguíneo y extremoso para poder ser llamado un "arielista" cabal. No había de ser esa planta decorativa un hombre nacido entre volcanes y que tenía las raíces de su alma en Plotino y el Bizancio cristiano. Sin embargo, muchos puntos de vista, muchas ideas y preferencias testimonian en él un contacto todavía vivo con la gran boga de Rodó. Su fórmula de aristocracia en las almas y democracia en los bienes podía ser rodoniana. También su confianza en la inteligencia y una clase intelectual formada por soldados del ideal. Su fe en que una minoría idealista puede levantar en cualquier instante el nivel de un pueblo; la dictadura jamás. Pero importa, sobre todo, su doctrina del orden o estado estético que Vasconcelos colocaba tras los anteriores material e intelectual y político, ordenado por la Razón, la Regla y la Norma. Un estado último que tendría a su vez el sentimiento creador y la belleza que convence por instrumentos, se expresaría en el júbilo y el amor y sometería la conducta a los móviles superiores de la emoción y la fantasía. Pudo ser la culminación de un Rodó más original y filosóficamente más articulado; la obra de un Rodó más crédulo, más ingenuo, más ambicioso de lo que éste era. Con lo que de paso, si subrayamos la filiación, también marcamos el inocultable carácter del "Ulises criollo". Este Ulises tan poco odiseico, si no es por la común, exterior y nutrida peripecia.

## ● La tentación del sistema

DELIGERANTE y viajero, libelista de la historia y del presente, amante desprejuiciado en sus memorias, ambicioso, protagónico, agresivo y tierno, llevó también Vasconcelos dentro de su irrepetido compuesto vital, la veta irrestañable de un pensador estético y metafísico personalísimo y profundo. No sin razón José Gaos, que desde su perspectiva española ha sa-

do hacer justicia sin banderías a los hombres de pensamiento de nuestro continente, coloca a Vasconcelos junto a Unamuno, Ortega, Korn, Caso y Vaz Ferreira entre los recordables "pensadores en lengua española" con que el siglo ha contado. El sesgo ensayístico, personal y desgarrado, el tono dramático, la ulterioridad pragmática y la impregnación esteticista que para Gaos son rasgos de toda la constelación también se dan generalmente en él. Estaba, sin embargo, lejos de valer por una desvaída "media" que sólo a título testimonial importe. A una historia de la filosofía hispanoamericana le será fácil ubicar a Vasconcelos en una encrucijada de confluencias inesperadas: Plotino, Pitágoras, Bergson y James. También en un compuesto de neoplatonismo trascendental, metafísica de los números y el ritmo, Patristica, vitalismo e irracionalismo.

Pero la filosofía que fue desarrollando a través de su "Pitágoras" (1916), "Monismo Estético" (1918), "Prometeo Vencedor" (1920), "Estudios Hindostánicos" (1922), "Metafísica" (1929), "Ética" (1932), "Estética" (1935), "Historia del pensamiento filosófico" (1937) y el "Manual de Filosofía" (1940) no es el resultado de un arbitrario sincretismo ni se nulifica en sus visibles lastres. Esos lastres que son sus formas conceptuales, a menudo ingenuas; cierto robinsonismo que arriba con asombro a lo evidente; y un arrebatado declarativo, una prisa concluyente que salta sobre la maduración de los problemas para llegar a conclusiones que sólo temáticamente pueden calificarse de filosóficas.

En ese pensamiento que procede por iluminaciones sucesivas, su aportación a la Estética, sin embargo, todavía no ha sido estudiada; su insistencia en la estructura numérica y rítmica del universo no deja de presentar una conturbadora semejanza (que en nada puede imputarse a imitación y que es una de esas coincidencias que hacen de ciertas ideas "signos" de su tiempo) con la línea de Gyka, Sirven y Birschkoff.

Alguna vez recordaría: Fui educado en la creencia de que ya no es posible construir nuevos sistemas de filosofía... Nada de principios fundamentales, ningún concepto esencial: empirismo científico, pluralismo inconsciente, pragmatismo, filosofía literaria: tales son las plagas espirituales en que nos hemos criado.

Que todo su esfuerzo intelectual en el orden filosófico sea un desafío a estos meteoros de su formación es el rasgo que indudablemente le diferencia de todos sus contemporáneos "pensadores en lengua española" (con la excepción del último Ortega). Señálese, empero, que esta "voluntad del sistema" tan extraña en ser tan agónico como natural en criatura tan ambiciosa, no encubre, no podía escamotear, lo que constituye tanto su médula misma como la actitud vital del ganado por ella. El "primer motor" de la personalidad vasconceliana está dado por el esfuerzo de una existencia que, al mismo tiempo que se goza inserta en una cálida y opaca densidad de vida, pugna por acceder hasta una intemporal plenitud. Una existencia que quiere alzarse hasta un "cielo de hijos", hasta un ámbito en el que a la vez que todo se le haga inteligible, se salve, al modo unamuniano, la intransferible conciencia personal. Vitalismo y trascendentalismo en suma, que remataría en un cristianismo más cercano al de los primeros Padres, que al de la Escolástica o el de las formulaciones modernas.

Con lo que podría señalarse, (para cerrar esta clave capital vasconceliana que Methol indaga penetrantemente en el artículo ya citado), que el combativo mejicano ha construido el primer sistema de signo religioso que el siglo haya producido en el ámbito hispanoamericano (y no me olvido de Xubiri). Ofrece, creo, por lo menos, una incitación más fértil para los hombres de la fe que abrazó en sus últimos años, que el tomismo en que se mueve parte del pensamiento católico de estos países. Y si a sus conclusiones ético-sociales nos referimos, aunque estas sean más vagas y sobre todo más cambiantes, ofrece también sugerencias más ricas, más originales que las banalidades democristianas con que aquel mismo pensamiento quiere uniformar, en lo temporal, la actitud de los cristianos de este hemisferio.

## ● Una profecía americana

CON "La Raza Cósmica" (1925), "Indología" (1927) y "Bolivarismo y Monroísmo" (1934), Vasconcelos

ocupará, pese a todos los peses, un lugar capital en la ensayística americana. Y dentro de ella, en ese sector que configuran las obras de meditación más entrañada sobre nuestro conjunto destino.

Vasconcelos no era, demás está decirlo, ni un "investigador de campo", como hoy se reclama, ni un "hechólogo", como hoy nos infectan, pero tampoco se contentaba con ser un rapsoda, a la manera de Kayserling, un organizador de fulgurantes y rápidas intuiciones. En los tres libros nombrados subyace una abundosa experiencia de la vida hispanoamericana y el impulso teórico tiene en ella su frecuente vigilancia. Y si es a los resultados que nos atenemos, lo cierto es que hoy puede decirse que algunas ideas hispanoamericanas que nos resultan indiscutibles, tuvieron en Vasconcelos su primer acuñador. El porvenir y validez de las mezclas raciales contra toda superioridad de pureza racista, por ejemplo (la "quinta raza", la "raza cósmica", el crisol de todas las sangres, es sólo un superlativo poético de la idea, una magnificación lírico-antropológica). Es otra, la posibilidad de una gran civilización en tierras tropicales, contra todos los determinismos climatológicos de preeminencia de las zonas frías. La posibilidad de formas político-sociales inéditas, también, de formas más ajustadas a sociedades de gran calado transformadas convulsivamente por el maquinismo pero remodelables por él, aparece como las anteriores, y por primera vez, en el pensamiento de Vasconcelos y no en el de Gilberto Freyre (sin duda más ceñido y científico) al que hoy existe tendencia general a atribuirselas.

Rodó había preconizado una Iberoamérica orgullosa de su "idealismo" y de su roña, vuelta hacia "la Francia inmortal", arrullada por las melodías áticas de Renan y de Anatole. (lo que les venía como anillo al dedo a las potencias monopolísticas que nos tenían adscriptas a sus imperios). Francisco Bulnes y Arguedas habían concebido nuestro continente abrumado por determinismos raciales, geográficos o económicos. Francisco García Calderón hurgó en la realidad hispanoamericana en términos más optimistas y más concretos, pero todo ello dentro de una visión irreduciblemente europea y de acuerdo a patrones liberal-burgueses ya caducos. Vasconcelos, colocado al final de un linaje de pensamiento (que Rosa Mandelbaum estudió con brillo en el Suplemento de los Cuarenta años de "El País") importa por ello algo muy distinto.

Fue un vencedor de "optimismos medievales" (que dijo Luis Alberto Sánchez) este oficiante de un pesimismo alegre concebido como aceptación jubilosa de la vida a pesar de sus horrores esenciales. Fue un liquidador de las pretenciosas tesis del fatalismo racial



Un limpio espectáculo representado cabalmente, con total devoción americana, con algunas fértiles ideas que han de sobrevivir.

este empecinado en demostrar que el éxito anglosajón y su contraste con una Iberoamérica descaecida se debió a causas tan puramente económicas como la posesión y la explotación del hierro, el carbón y el petróleo en el tránsito decisivo de la sociedad industrial. Si con el idealismo culturalizante le contrastamos, parecerá también claro que Vasconcelos le propuso el mundo hispanoamericano un programa de vida y de presencia en lo universal en el que los factores de Saber y los factores de Poder se equilibran armoniosamente, en tanto que la Tradición, recortada precariamente por los rodonianos entre una Grecia de cartón-piedra y una Francia volteriana, hunde con él sus raíces hasta las vivencias más antiguas y más ilustres de la especie.

Otros ingredientes de este auténtico prospecto de lo americano que Vasconcelos configurara son menos originales, pero fueron afirmados con poco comparable brio. La necesidad previa de una comunidad hispanoamericana, por caso, para tratar mano a mano con los Estados Unidos. Su fe en el tronco racio-cultural hispanoamericano basada en su aptitud para el mestizaje, en su capacidad para una fraternidad universal que trascienda emocionalmente los planos racionalistas o sociales de la "filantropía" o la "solidaridad".

Agreguemos que, en 1934, "Bolivarismo y Monroísmo" planteó en términos históricos y políticos el difuso utopismo de sus obras anteriores y lució ya, en forma definida, las que hubieron de ser las tesis capitales del final de su vida.

(Concluye en el próx. número)

## LOS 90 AÑOS DEL ELBIO - FERNANDEZ

(Viene de última pág.)

de La Educación del Pueblo, publicada en 1874.

La escuela Elbio Fernández fue expresión cabal del liberalismo educacional al aplicar sus pregonados postulados de fraternidad y laicismo. La escuela laica, para Varela, responde fielmente al principio de la separación de la Iglesia y el Estado, y es la traducción de los principios que regían entonces en los Estados Unidos, Holanda y Alemania. La escuela establecida por el estado laico, debe ser laica como él; el Estado tiene por función garantizar las personas y las propiedades, piensa Varela, y asegurando un principio de elemental justicia moral no debe favorecer a una comunidad religiosa con perjuicio de otra. La propia finalidad de la escuela, la que orienta con el ejemplo el colegio Elbio Fernández desde sus inicios, su finalidad social, está descaecando toda presión sobre la conciencia.

Igualmente la gratuidad, fundamental para el reformador, ejemplifica la igualdad democrática y opone a la tendencia natural de las clases a separarse, "la barrera insalvable del hábito contraído y de la creencia arraigada". Era un punto del programa que en cuanto al establecimiento que se fundara en 1869, las condiciones de la enseñanza privada no permitieron mantener. Pero que como los otros orientó en el futuro el rumbo de la escuela uruguaya.

## Libros NOVEDADES

★ Henry Van de Velde. HACIA UN NUEVO ESTILO. Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 1959. 162 ps.

Predecesor en Weimar de la Bauhaus de W. Gropius, crítico de la arquitectura ecléctica de su época y teórico de un nuevo estilo funcionalista, admirador ferviente de W. Morris y a través suyo de Ruskin, arquitecto él mismo, Van de Velde nació en 1863, en Bélgica y murió en 1957 a los noventa y cuatro años de edad.

Este libro es la selección de artículos que publicara en torno al 900 y que jalonan el proceso de este teórico y crítico reivindicador de las artes industriales.

Las previsiones de Van de Velde se orientan hacia un arte social, desprovisto de todos los estatismos de una monumentalidad grandilocuente y ecléctica, y buscan la adecuación a las exigencias técnicas de la industria moderna. Nada de eso es hoy nuevo. Lo era entonces. Van de Velde marca el tránsito, precisamente, entre el mundo que se disgregó con el impresionismo, y un nuevo estilo articulado e integrado a la vida de la comunidad. Encronca así con esa importante corriente de ideas del siglo XIX que buscó el restablecimiento de la unidad entre la técnica, la vida y el arte, entre el trabajo económico, intelectual y artístico sin lo cual no parece posible un verdadero estilo de vida, ni un equilibrio armónico de la sociedad.

Es aún de salvar el arte estrechando su relación con la creación técnica, impite un reverso: humanizar la técnica llevándola al nivel de la creación artística.

Es cierto que hay muchas confusiones fácilmente detectables en el pensamiento de Van de Velde, mucha ingenua esperanza puesta en una técnica cuya historia posterior no ha confirmado, regida como un documento importante de la evolución

está por un proceso de transformación cuya velocidad invite la asimilación de sus productos y métodos. Pero si el libro no es un enfoque actualizado del tema, si es del problema de un nuevo estilo, de su necesidad, de sus planteos y sus intentos de solución.

S. B.

★ S. Serrano Poncela: La raya oscura. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1959. 345 ps.

Aquí el mundo del Caribe—sus costumbres, sus tipos humanos—es el verdadero protagonista. S. Serrano Poncela ha querido reproducirlo sin restricciones, sin estiradas disciplinas, apoyándose en la elocuencia de muy jugosas y variadas estampas y en las que consigue sugerir mucho más de lo que estrictamente dice. Evidentemente, está presente en el libro el énfasis folclórico y desde el momento que el escenario es lo que importa, cada episodio, cada incidente que se narra se encuentra orientado a favorecer cuotas diversas de color local. Pero esa explotación de lo típico se registra con alguna calidad, elude excesivas caídas a lo vulgar o simplificado, se armoniza con sencillez y sostenida gracia en la seguridad de comunicar los azares físicos y espirituales de un paisaje sin duda arroyante, sin duda hermoso. Como cronista de asunto tan rico, Poncela evidencia cualidades menores pero apreciables y su mayor sabiduría consiste en rodear estos cuadros costumbristas con los dones de un estilo despejado y simple, con un espíritu simultáneamente crítico y humorístico, lo que acredita a La raya oscura el valor de lo agradable, del feliz entretener, considerando siempre—es claro—dentro de ese plano deliberadamente menor en que se ubica.